

# Argentina

## Resultado anunciado y final con sorpresas

Juan Manuel Abal Medina (h.)

**Las elecciones presidenciales argentinas de octubre de 1999 terminaron con 10 años de gobierno peronista. Este resultado, si bien estaba anunciado, trajo también algunas sorpresas y no pocos desafíos. El desequilibrio institucional dentro de la coalición gobernante fue un asunto que el presidente De la Rúa tuvo que atender a pocas horas de ser electo; lo mismo respecto de las seguridades que espera el *establishment* económico. Mientras tanto, los anhelos civiles que dieron nombre a la coalición (trabajo, justicia y educación) en breve se convertirán en demandas a la espera de tangibles resultados.**

**E**n la noche del 24 de octubre de 1999, ningún argentino se sorprendió con el resultado de los primeros cómputos de la elección presidencial. Tal como lo venían anunciando las encuestas hace varios meses, el candidato presidencial de la Alianza UCR-Frepaso se impuso cómodamente. La fórmula Fernando de la Rúa-Carlos «Chacho» Álvarez logró el 48,5% de los votos, más de 10 puntos sobre el candidato del oficialista Partido Justicialista, Eduardo Duhalde, que obtuvo un 38,09%. Los candidatos de la Alianza ganaron en casi todo el país, siendo superados solo en cuatro de las 24 provincias.

### Un resultado anunciado

El resultado era esperado por la mayoría de los analistas desde que, casi dos años atrás, la Unión Cívica Radical y el Frepaso proclamaron sorpresivamente la conformación de una alianza electoral: la Alianza por la Justicia, el Trabajo y la Educación, que terminaba con una oposición dividida que había caracterizado al sistema argentino de partidos desde 1994, cuando el Frente Grande –agrupación que constituye el centro del Frepaso– se había instalado como una opción relevante en la política nacional.

JUAN MANUEL ABAL MEDINA (H.): politólogo argentino, profesor de Partidos Políticos y Política Comparada en la Universidad de Buenos Aires; investigador de la Universidad de San Martín y del Conicet; autor de numerosos artículos sobre partidos políticos y política latinoamericana. @: <juanabal@bigfoot.com>

**Palabras clave:** elecciones, sistema político, Alianza, justicialismo, Argentina.

La Alianza tuvo un debut electoral más que promisorio en las elecciones de renovación legislativa de 1997, al derrotar al justicialismo cerrando un ciclo de 10 años de predominio electoral peronista<sup>1</sup>. Este resultado significó un verdadero cambio en la política. Por un lado, fue la primera vez en la historia del país que el justicialismo perdía una elección en posición de gobierno, con lo que el mito de su invencibilidad electoral sufrió un serio golpe. Por otro lado, la victoria de la Alianza mostró los límites de la coalición electoral que había apoyado al menemismo en sus primeros años en el poder. Hasta entonces, la combinación discursiva de enunciados económicos de fuerte cariz neoliberal con apelaciones populistas a la justicia social había resultado exitosa, dejando en un segundo plano los reclamos opositores de respeto por las instituciones republicanas y las acusaciones de corrupción. La sensación que los analistas percibían en la sociedad en 1997, era la de un cansancio profundo con el menemismo, con su desprecio por las normas democráticas, con el uso hegemónico del poder público, con el notorio enriquecimiento personal de sus funcionarios y con su estética, popularmente conocida como «pizza y champán», que mostraba una explícita intención de provocar a sus opositores<sup>2</sup>.

Estas cuestiones estaban presentes desde el inicio de la gestión de Menem, sin embargo lo que grandes sectores de la población le habían perdonado durante años se volvió a fines de 1997 insoportable. La clave de esta conversión fue el cese del enamoramiento colectivo con el discurso económico neoliberal. Menem había terminado con la inflación, sacando al país de la situación de descontrol económico que existía desde la culminación del gobierno de Alfonsín, y eso le había bastado para que las aristas más negativas de sus políticas quedaran ocultas o en un segundo plano en las percepciones de amplios sectores sociales, clases medias y altas especialmente, que disfrutaban de una estabilidad económica acompañada hasta 1995 de un relativo crecimiento de la economía. En 1997 el crecimiento se había frenado y el encantamiento con la estabilidad parecía haberse esfumado. No es que existiese una oposición al «modelo económico» con la que soñaban los partidos de izquierda, sino simplemente que una economía estable había dejado de sentirse como un fin en sí mismo, para pasar a ser una base apreciada pero sobre la que había que construir otras cuestiones. Las «promesas del ajuste estructural» que habían predicho un Estado que, dejando de lado actividades que no le eran propias, fuera capaz de garantizar salud, educación y seguridad estaban incumplidas, y la sociedad no parecía dispuesta a esperarlas aceptando mansamente el costado desagradable de las políticas menemistas. La formación de la Alianza se enmarca en este escenario. Sus dirigentes supieron interpretar el humor social del momento, y parándose sobre una defensa explícita de la estabilidad económica

---

1. El Partido Justicialista se impuso en las elecciones de 1987 (renovación legislativa), 1989 (presidencial), 1991 y 1993 (renovación legislativa), 1994 (convencionales constituyentes), y 1995 (presidencial).

2. Los innumerables gestos de provocación del presidente Menem comenzaron con su gestión; fueron desde saludar al almirante Isaac Rojas, máximo exponente del antiperonismo histórico, hasta nombrar a María Julia Alsogaray, famosa por su gusto por los tapados de piel, como secretaria encargada del Medio Ambiente.

señalaron los déficits de la gestión de Menem. No realizaron una simple denuncia a la corrupción imperante, sino que apuntaron hacia los principales problemas que preocupaban a la gente. El mismo nombre de la coalición electoral (Alianza por el Trabajo, la Justicia y la Educación), sintetizaba los déficits de la política menemista: una economía estable pero que generaba desocupación, una política teñida por la corrupción que evadía la justicia, y un Estado que después de innumerables ajustes era incapaz de garantizar siquiera la educación. Sin embargo, terminando 1997 podía pensarse que los resultados eran un simple llamado de atención para el justicialismo. Una cosa era votar a la oposición en elecciones legislativas y otra sería hacerlo en presidenciales, donde el recuerdo del traumático final del gobierno de la UCR en 1989, y la desconfianza frente a la solidez de una alianza entre dos partidos tan diferentes como el radicalismo y el Frepaso, jugarían un rol importante. Esta sensación caracterizó la disputa política en 1998, cuando los dos grandes actores debieron escoger sus candidatos presidenciales. Tanto la Alianza como el oficialismo vivieron momentos traumáticos en sus procesos que, de alguna manera, sobredeterminaron el resultado del 24 de octubre. Por un lado, en la Alianza, tal como se había establecido en su conformación, la selección del candidato debería hacerse a través de una primaria abierta entre los precandidatos de los principales socios. Todos advertían que un proceso de este tipo podía provocar serios enfrentamientos internos, con riesgo de deteriorar la imagen de solidez de la Alianza y de dejar profundas heridas entre los actores. Por el lado del justicialismo, si bien los resultados de 1997 habían dejado seriamente golpeados a sus dos máximos referentes, Menem soñaba todavía con otra presidencia y Duhalde seguía considerándose el «candidato natural» del peronismo. Lo concreto era que ambos iban a pelear por la candidatura presidencial en un proceso que, a diferencia del de sus rivales, no tenía instancias ni fechas prefijadas, ya que sobre Menem existía un impedimento constitucional para una nueva reelección.

La Alianza definió su candidato en noviembre de 1998, resultando electo Fernando de la Rúa, jefe de gobierno de la ciudad de Buenos Aires postulado por la UCR. Su rival, Graciela Fernández Meijide, del Frepaso, había encabezado la lista de legisladores nacionales en la provincia de Buenos Aires en 1997 derrotando al justicialismo y convirtiéndose en la cara pública de la Alianza. El proceso de selección interna no había sido especialmente tranquilo, estuvo teñido por varios hechos de relativa gravedad, como las acusaciones que Alvarez, máximo dirigente del Frepaso, había realizado sobre manejos corruptos en Buenos Aires, o por el uso que el radicalismo había hecho de enormes recursos de que disponía siendo gobierno de varias provincias e intendencias. A esto habría que sumarle los planteos de algunos sectores importantes del radicalismo acerca de la inutilidad de una coalición con el Frepaso, encabezados por Carlos Mestre, gobernador de Córdoba. Sin embargo, después de haberse resuelto la candidatura presidencial, los socios de la Alianza demostraron una enorme madurez al acordar sin demoras el esquema de reparto de candidaturas, presentando una propuesta equilibrada y mostrándose ante la sociedad como una opción sólida y unificada. En este

sentido se resolvió que Alvarez acompañara a De la Rúa como candidato a vicepresidente, y que Fernández Meijide compitiera por la gobernación de la estratégica provincia de Buenos Aires.

El proceso de selección interna del justicialismo, en teoría más simple, fue no obstante mucho más largo y traumático. Los problemas que experimentó demuestran con claridad las diferencias que existen entre las disputas que se dan dentro de las instituciones, como fue el caso de la interna de la Alianza, con las luchas no institucionalizadas que carecen de mecanismos y plazos de resolución. Sintéticamente, los dos principales contendientes operaban en tableros distintos, ya que Duhalde quería que la situación se resolviera en el nivel partidario, mientras que Menem necesitaba que se hiciera en el plano constitucional, mediante una reforma que lo habilitase a competir como candidato. El proceso tomó la forma de una disputa de vida o muerte entre un Menem que no vacilaba en utilizar todos los recursos extrainstitucionales para lograr la reelección (el uso en su provecho de la Corte Suprema de Justicia, la convocatoria a plebiscitos no reglamentados, sentencias de jueces amigos, etc.), y un Duhalde dispuesto, también por todos los medios, a impedir que su «compañero» alcanzara su objetivo, llegando incluso a aunar esfuerzos con la oposición. Así, la confrontación en el oficialismo ocupó el tablero político nacional. Finalmente Duhalde logró hacia mayo de 1999, después de amenazar con una consulta popular en su provincia, que Menem renunciara a su intención de pelear por un nuevo mandato. El gobernador ganaba, pero a un costo demasiado alto: el justicialismo había mostrado a pocos meses de la elección presidencial un grave nivel de enfrentamiento interno y había instalado ante los ojos de la sociedad sus peores defectos, como el desprecio por las instituciones y la ausencia de reglas<sup>3</sup>. De esta manera, cuando Duhalde logra alcanzar la candidatura del peronismo, ya su suerte estaba echada. Al desgaste de la lucha interna, se sumaba el hecho de que no terminaba de definir si era opositor o continuador de la gestión de Menem; y en realidad toda su campaña navegó esquizofrénicamente entre estas dos posibilidades. Duhalde se presentaba a veces como el más duro opositor al «modelo económico» al que señalaba como «agotado», para después salir a coquetear con el exministro Domingo Cavallo, artífice de dicho modelo. Los planteos a favor del no pago de la deuda externa, que incluyeron una visita al Papa a principios de junio, se transformaron en julio en reclamos de una rebaja impositiva, siguiendo el modelo de los republicanos norteamericanos.

La campaña de Duhalde se inició con los argumentos centroizquierdistas y progresistas del llamado «grupo Calafate», que reunía a intelectuales y políticos opuestos al peronismo neoliberal y que acusaban a De la Rúa de «conservador» y de ser «el continuador de la política de Menem». Pero después esta estrategia quedó en manos de una agencia brasileña que erráticamente

3. Duhalde ni siquiera logró competir en internas presidenciales ya que jamás pudieron realizarse. Pero en el interín se lanzaron desde el Gobierno otros candidatos alternativos, para debilitarlo, y se organizaron congresos partidarios controversiales que terminaron en la justicia.

desplegó los mismos anuncios utilizados en campañas de candidatos conservadores en Brasil, para concluir, en octubre, con una estética peronista clásica, estructurada en grandes actos masivos, carente de relación con el primer y segundo momento de la campaña. A todo esto debieron sumarse los permanentes choques con Menem, al que Duhalde continuaba acusando de «jugar a favor de De la Rúa». Mientras tanto, desde la Alianza se desarrollaba una campaña muy prolija y cuidada que, sin grandes impactos, prometía un cambio tranquilo, preocupándose por demostrar que iban a consolidar la estabilidad a la par de terminar con la corrupción y defender la educación y la salud pública. Asimismo, el nivel de enfrentamiento interno era casi imperceptible, más aún teniendo en cuenta los de su rival.

Un párrafo aparte merecen las elecciones provinciales que se realizaron este mismo año. Contra lo que era tradición en la política argentina, los gobiernos provinciales, en su mayoría justicialistas, decidieron separar las elecciones locales de las nacionales. Esto fue visto por Duhalde como una más de las jugadas menemistas a favor del candidato opositor. Pero más allá de esto lo cierto es que los gobernadores justicialistas separaron su suerte de la del candidato presidencial, restándole a Duhalde un importante apoyo, como se comprobaría en la jornada de octubre: donde el justicialismo se había impuesto cómodamente en los comicios locales, De la Rúa algunos meses después superaría sin problemas a su contendiente.

### **El traspie de la centroizquierda**

Hasta aquí hemos realizado la crónica de un resultado anunciado. La noche de las elecciones De la Rúa festejó su triunfo y Duhalde reconoció con parsimonia su derrota. El comportamiento de los candidatos muestra que ambos sabían de antemano el desenlace. Sin embargo, no todo estaba tan previsto. Los comicios en la provincia de Buenos Aires le dieron el triunfo a Carlos Ruckauf, candidato peronista y vicepresidente de la nación, que se impuso por más de seis puntos sobre Fernández Mejjide. Este acontecimiento se transformó en el dato más importante de las elecciones por varios motivos. Desde varias semanas antes se venía hablando de un crecimiento del candidato del PJ y se anunciaba un resultado incierto, de «empate técnico». Por otra parte, la derrota de Fernández Mejjide dejaba claramente desbalanceada a la Alianza, en detrimento del Frepaso que perdía el «premio mayor» acordado en el reparto de cargos. Y un dato no menor es que la campaña desplegada por Ruckauf había sido de una inusual dureza, acusando a su rival de «abortista asesina de niños», «izquierdista» y «anticatólica».

Como principal referente electoral de la centroizquierda, la derrota de Fernández Mejjide provocó, especialmente en los sectores progresistas para quienes el discurso de Ruckauf era de pesadilla, una interesante discusión teórica acerca de los motivos del resultado. No hay que olvidar que Fernández Mejjide venía de triunfar con claridad sobre el peronismo en ese mismo distrito apenas dos años atrás<sup>4</sup> y que, más aún, había aplastado a su rival cuando ambos compitieron

ron electoralmente en 1996 a la cabeza de las listas para convencionales constituyentes de la ciudad de Buenos Aires<sup>5</sup>. Muchas fueron las explicaciones para este resultado: desde el supuesto corte de boleta de los votantes radicales descontentos con una candidata muy a la izquierda de su propio perfil<sup>6</sup>, hasta su misma condición de mujer. Sin negar la importancia de otros factores, creemos que fueron tres las causas centrales que llevaron a la derrota de la Alianza en la elección de la principal provincia del país. La primera causa hay que buscarla en el inteligente acuerdo electoral que implementó el justicialismo del distrito con Acción para la República, que llevaba como candidato a Cavallo. A cambio de un diputado nacional y algunos lugares en la futura gestión provincial, este partido llevó a los candidatos justicialistas en su boleta. Si consideramos que Duhalde para presidente obtuvo en el distrito el 42,7% y le sumamos el 8,46% que obtuvo Cavallo, el resultado de las boletas con la fórmula Ruckauf-Solá en la provincia supera ampliamente el 44,86% obtenido por la fórmula presidencial de la Alianza. Los votos de la fórmula provincial aliancista (41,42%, un 3,5% menos que la nacional) no permiten hablar de fuga de votantes radicales ni de un perfil demasiado izquierdista de la candidata<sup>7</sup>. Aunque Fernández Meijide hubiese obtenido el mismo porcentaje que De la Rúa en la provincia, habría sido derrotada por el 48,28% de Ruckauf.

La segunda razón que explica este resultado es la fortaleza que mantiene el justicialismo en la provincia de Buenos Aires. Muestra de ello está en los votos logrados por Duhalde, que perdió apenas por dos puntos en una elección que, como vimos, tenía un resultado hartamente anticipado: en el nivel nacional la brecha fue de cinco veces esa diferencia. Asimismo, el poder del justicialismo se asienta sobre todo en una fuerte estructura política, acrecentada en los populosos distritos del llamado «segundo cordón» del Gran Buenos Aires. Allí, donde el justicialismo controlaba y sigue controlando casi todas las intendencias, Ruckauf obtuvo casi 20 puntos de diferencia a favor, es decir 500.000 votos. El segundo cordón es un área habitada por sectores de clases bajas y medias bajas, de sólida tradición peronista. Si bien gran parte del potencial electoral justicialista se apoya en prácticas de tipo clientelares, es erróneo subsumir toda la política que se construye en esas zonas bajo esta etiqueta.

También influyeron los errores de la campaña aliancista en la provincia. Por un lado no logró explicitar un mensaje claro, amarrándose a una campaña

---

4. Las elecciones de diputados nacionales de 1997 en la provincia de Buenos Aires dieron el triunfo a la lista de la Alianza, encabezada por Fernández Meijide, con el 48,29% de los votos sobre el 41,32% obtenido por la lista del PJ, encabezada por Hilda Duhalde —esposa del gobernador.

5. En estas elecciones el Frepaso había obtenido el 34,5% de los votos, superando a la UCR que obtuvo poco más del 25%; Ruckauf como primer candidato del PJ no llegó siquiera al 20% y quedó de tercero.

6. Como parte de su campaña sucia, Ruckauf pidió a los radicales a cortar boleta en su favor.

7. Sabemos que, en general, las elecciones presidenciales son más polarizadas que las provinciales, más aún en este caso, en que se presentó una candidatura estrictamente provincial, la del ex-comisario Patti, que no apoyó candidatos presidenciales y que con un discurso fuertemente orientado hacia el problema de la seguridad obtuvo casi el 8% de los votos.

nacional que se percibía como exitosa –que como vimos en los dos párrafos previos no fue del todo cierto. Tampoco la Alianza supo resolver el problema de la fortaleza distrital del peronismo; el ejemplo más evidente estuvo en la operación que terminó con la candidatura de Pinky, una popular conductora televisiva, en el partido de La Matanza, el más poblado del Gran Buenos Aires y conocido como «el corazón del peronismo». Pinky, que vive en una de las zonas más elegantes de la ciudad de Buenos Aires, implementó una campaña muy ofensiva para la población mayoritariamente humilde del distrito, con carteles que anunciaban a la entrada de la sede del partido «Bienvenidos al hambre». El perfil a todas luces antiperonista de la candidata, más allá de sus buenas intenciones, se trasladó a toda la provincia al acompañar a los candidatos presidenciales y provinciales en los primeros lugares y en todos los actos públicos. Así, podemos decir que a diferencia de lo realizado en 1997, cuando Fernández Mejjide consiguió instalarse con fuerza en la provincia, en estas elecciones no logró posicionarse desde los temas provinciales ni construir una oferta seductora para parte del electorado de los sectores populares tradicionalmente identificados con el peronismo.

### **Equilibrios políticos**

Más allá de las explicaciones, el resultado de las elecciones en esta provincia significó una importante derrota para el Frepaso. Su principal figura quedó seriamente golpeada y desbalanceado el equilibrio de fuerzas dentro de la Alianza. La UCR, además de la presidencia, tiene seis gobernaciones y gran cantidad de intendencias, a lo que se suma un bloque de 86 diputados y 20 senadores. Por su parte, el Frepaso posee solamente la vicepresidencia de la nación y la vicegobernación de la provincia de Mendoza, un bloque de 38 diputados y un solo senador. Por ello tiene tanta importancia para la Alianza en general y para el Frepaso en particular lograr la victoria en las elecciones para jefe de gobierno de la ciudad de Buenos Aires, previstas para mediados de 2000. En virtud de lo acordado, el candidato de la Alianza será el frepasista Aníbal Ibarra, lo que constituye una verdadera prueba de fuego para la coalición, que debe superar los fantasmas surgidos de la derrota de Fernández Mejjide. Fantasmas que se potencian con la candidatura del mismísimo Cavallo, que con el casi seguro apoyo del justicialismo capitalino y con su imagen de técnico eficiente será un durísimo rival para la Alianza<sup>8</sup>. A estos problemas internos, la Alianza debe sumar las dificultades de un escenario político especialmente complicado. La realidad política conformada después de las elecciones de 1999 presenta una situación de gobierno dividido, tanto en términos verticales como horizontales. La mayoría de las provincias –14 sobre 24– está en manos del justicialismo, incluyendo las más importantes. Y si bien en Diputados la Alianza es primera minoría (con 125 miembros frente a 101 del PJ) su bloque en senadores es claramente inferior al justicialista, que con 37 bancas posee la mayoría absoluta.

8. Especialmente porque el sistema electoral de la ciudad estipula que de no lograr ningún candidato la mayoría absoluta de los votos, los dos más votados deberán competir en una segunda vuelta.

En este marco, la designación del gabinete de gobierno despertó grandes expectativas. Varios nombramientos sorprendieron a partidarios y opositores. Los ministros fueron anunciados el 24 de noviembre, un mes después de las elecciones. Algunas de las designaciones no sorprendieron a nadie y fueron la confirmación de lo que se esperaba desde antes de los comicios<sup>9</sup>. Las verdaderas sorpresas vinieron con las escogencias para Educación y Defensa. En el último caso fue nombrado el ultraortodoxo economista Ricardo López Murphy, anteriormente apartado de la campaña electoral al sugerir la necesidad de una baja generalizada de los sueldos públicos. Era sin dudas el candidato preferido del *establishment* financiero para la cartera de Economía, sin antecedentes en el área militar. Sin embargo la otra sorpresa fue mayor; como ministro de Educación fue nombrado el economista y sociólogo Juan José Llach, ex-viceministro de Economía de Cavallo, muy respetado en el ámbito económico y claro exponente del pensamiento ortodoxo. Su nombre cayó como un balde de agua fría en el área educativa y en los sectores progresistas de la Alianza, sobre todo en el Frepaso, donde inmediatamente se alzaron voces de descontento. Esto llevó a que Alvarez y Fernández Mejjide debieran salir a respaldar la designación. El nombramiento de Llach, con el apoyo unánime de los referentes del sector económico, fue especialmente irritante para el sindicato de los docentes, la poderosa Ctera, que había jugado un rol clave en la campaña electoral de la Alianza.

Entre las designaciones sorpresivas y las esperadas, algunas estuvieron a mitad de camino y representaron los acuerdos políticos tejidos desde la misma noche de los comicios. En esta categoría entran los dos nombramientos asignados al Frepaso, Fernández Mejjide y Alberto Flamarique. Este último, ministro de Trabajo, es uno de los principales operadores políticos de Alvarez, y como él viene del peronismo, supuestamente esto le otorga un buen diálogo con los sindicatos. La designación de Fernández Mejjide en la cartera de Acción Social respondió al deseo de Alvarez de darle un lugar en el gabinete a la figura responsable de los principales triunfos electorales de la Alianza y del Frepaso. El nombramiento del radical progresista Federico Storani como ministro del Interior, si bien significó un hecho inesperado para la opinión pública respondió a un arreglo interno de la UCR, por el cual el máximo referente del radicalismo de la provincia de Buenos Aires ocupaba esa cartera a cambio de dejar para Rafael Pascual, principal operador de De la Rúa, la presidencia de Diputados. Finalmente, la designación de Rodolfo Terragno para la jefatura de Gabinete, había sido algo mencionado en reiteradas ocasiones

9. La más importante fue la del economista radical José Luis Machinea en la cartera de Economía, quien había formado parte de la gestión de Alfonsín y presidía la FADE, *think tank* económico de la Alianza. También se preveía la designación de Nicolás Gallo, amigo personal y operador político del presidente electo, que fue nombrado ministro de Obras Públicas. El nombramiento de Adalberto Rodríguez Giavarini al frente de la Cancillería era también previsto. Este economista fue secretario de Hacienda de la gestión de De la Rúa en la ciudad, y sumaba a su excelente relación con el presidente un gran prestigio en el ambiente económico. Héctor Lombardo, ministro de Salud, venía cumpliendo esa misma función en el gabinete ciudadano de De la Rúa. Ricardo Gil Lavedra, prestigioso abogado radical, fue nombrado ministro de Justicia.

que obedecía al prestigio que el político radical tenía como uno de los inspiradores, junto con De la Rúa, Alfonsín, Alvarez y Fernández Meijide, de la coalición aliancista. Estas escogencias se inspiran en unas pocas pero firmes motivaciones. Primero, el deseo explícito del nuevo Gobierno de generar confianza en los mercados, con gestos evidentes, como el de designar a cuatro economistas, tres de ellos abiertamente apoyados por el *establishment*<sup>10</sup>. Los gestos hacia la derecha son balanceados por la selección de claros referentes del progresismo argentino, como son Fernández Meijide y Storani, de manera especial, y Terragno y Gil Lavedra –uno de los jueces del tribunal que condenó a las juntas militares de la dictadura por terrorismo de Estado. En la designación de Llach, aparte de ser un gesto hacia los mercados hay que sumar la intención de colocar a alguien cercano a la Iglesia Católica en un ministerio sobre el que esta institución tiene tanto interés. En términos partidarios, se puede señalar que al Frepaso le tocaron dos ministros, a la UCR otros dos (Storani y Terragno), cuatro son técnicos o políticos cercanos a De la Rúa, y los dos restantes –Llach y Machinea– técnicos bien relacionados tanto con el presidente como con Alvarez. El gabinete presenta una composición que permite varias lecturas, desde entenderlo como una concesión directa al poder económico, hasta interpretarlo como un gabinete balanceado en lo ideológico y partidario. Lo único claro es que, en su designación, pesó más la tradición del presidencialismo argentino que las prácticas usuales de conformación de gabinetes en gobiernos de coalición, donde los partidos tienen un rol mucho más importante, incluso en los casos de coaliciones dentro de presidencialismos como los de Chile, Bolivia y Brasil. El de De la Rúa es un gabinete de De la Rúa y de la Alianza; sin duda no es el gabinete de la UCR y el Frepaso<sup>11</sup>.

Los próximos meses dirán hacia dónde avanza la nueva experiencia política. Hasta ahora hay algunas certezas: no habrá grandes cambios en la economía, y la austeridad y transparencia en el manejo de la cosa pública serán una preocupación central. Las incógnitas más importantes están precisamente en las áreas que le dieron a la Alianza su nombre y su triunfo: el empleo y la educación. El Gobierno tiene poco tiempo para lograr resultados; como dijimos más arriba en pocos meses deberá enfrentar su primer test electoral en la ciudad de Buenos Aires, y en las elecciones que en el 2001 elegirán a la mitad de los diputados y a todos los senadores necesitará una victoria que le garantice poder terminar con éxito su mandato y, por qué no, soñar con un nuevo periodo.

*Buenos Aires, diciembre de 1999*

10. Paradójicamente Machinea, el economista más lejano a las simpatías del *establishment*, ocupa la cartera de Economía.

11. Así lo planteó el mismo De la Rúa en el momento de anunciarlo: «Este no es un gabinete político, es un gabinete que no admite encasillamientos arbitrarios y que no fue decidido por un reparto político de los cargos».